

ALIANZAS SECRETAS: REVELACIONES SOBRE VÍNCULOS ENTRE NAVAJOS Y APACHES A TRAVÉS DE RELATOS INDÍGENAS (1779-1787)

José Manuel Moreno Vega¹

*Creo positivamente que el vencimiento
de los Gentiles consiste en empeñarlos
a que ellos mismos entre sí se destruyan.*²

1. Introducción

En octubre de 1782, un prominente pero anónimo líder apache del río Gila, que había sido cautivo de un soldado español durante cinco años, tuvo una conversación detallada con Antonio de los Reyes, recientemente consagrado obispo de Sonora en la Ciudad de México.³ Bajo cautiverio, el capitán indígena había sido desplazado hacia la capital virreinal, y tras someterse a los ritos católicos de bautismo y confirmación permaneció ahí “asistiendo y sirviendo a los enfermos” en el hospital de San Juan de Dios. Aunque mostraba un alto grado de aculturación a la sociedad colonial, no se olvidaba de su terruño ni de su gente, mientras describía vívidamente las complejas alianzas interétnicas entre los grupos indígenas del noroeste de la Nueva España. En su relato, decía “que un gran número de [apaches] vivían y se sostenían en el interior de las localidades de Sonora y Nueva Vizcaya”. Además, señalaba que los apaches eran “indios de distintas naciones del río Gila y lagunas del Navajo, que vivían en constante guerra entre ellos, pero se unían con los indios de las misiones y pueblos de algunas provincias para ir a robar en provincias lejanas”.⁴ Este relato, proveniente de un informante indígena, ofrece una visión general de la complejidad en las interacciones diplomáticas y conflictivas entre comunidades indígenas y autoridades coloniales a lo largo del septentrión novohispano durante el siglo XVIII.⁵

Este relato indígena cambia la visión generalizada del apache como el arquetípico enemigo, proponiendo a su vez las siguientes tres premisas: la categoría étnica de los apaches era fluida y compleja; tenían una gran capacidad de establecer alianzas interétnicas; y por lo tanto, no eran los únicos responsables

¹ University of North Carolina, Chapel Hill, cuate@live.unc.edu, <https://orcid.org/0000-0001-6136-3321>
DOI: <https://doi.org/10.22198/colson.285.c44>. DOI Obra completa: <https://doi.org/10.22198/colson.285>

² Bernardo de Gálvez (1786). *Instrucción formada en virtud de real orden de S.M., que se dirige al señor comandante general de provincias internas don Jacobo Ugarte y Loyola para gobierno y puntual observancia de este superior gefe y de sus inmediatos subalternos*.

³ Para más información sobre la consagración de Antonio de los Reyes, ver Enríquez (2002, p. 36).

⁴ Archivo General de Indias (AGI), Audiencia de Guadalajara. *Informe de Antonio de los Reyes, primer obispo de Sonora, Ciudad de México, 20 de octubre de 1782* (vol. 563, sin número de folios).

⁵ Para casos sobre conflicto y diplomacia entre diversos grupos indígenas y oficiales coloniales en el septentrión novohispano ver: Medina y Padilla (2015).

de incitar la violencia en la frontera. El trabajo de Chantal Cramaussel vino a desmitificar la idea generalizada sobre la ubicuidad de los apaches, haciendo alusión a un cambio semántico del vocablo “apache” durante el siglo XVIII, mediante el cual los españoles ampliaron el uso de ese gentilicio para incluir a diversos grupos nómadas o seminómadas de habla atapascana (Cramaussel, 1992). En el mismo sentido, la tesis doctoral de Sara Ortelli contribuye a la desmitificación del apache omnipresente, al destacar la “antigua amistad” que practicaban grupos indígenas como los tarahumaras a mediados del siglo XVIII, los cuales ocasionalmente se coligaban con los apaches para perpetrar “muertes y robos” (Ortelli Pellizzari, 2003). De manera similar, José Refugio de la Torre Curiel sugiere que, aunque tradicionalmente se atribuye a los apaches la responsabilidad principal de las incursiones en la frontera, fuentes coloniales primarias muestran que estos actos de violencia eran comúnmente efectuados por “bandas pluriétnicas” conformadas tanto por grupos atapascanos como por miembros de otras comunidades indígenas (Torre Curiel, 2008 y 2011). Como muestra Paul Conrad (en Rivaya-Martínez, 2023b), las incursiones apaches en el septentrión novohispano eran parcialmente un “constructo discursivo”. La culpabilidad de las incursiones y homicidios en la frontera era generalmente atribuida a los apaches, sin importar que las indagaciones señalaran la posible participación de otros grupos étnicos.

La obra clásica de Jack D. Forbes, *Apache, Navaho, and Spaniard* (1960), evidencia la existencia de alianzas entre diversos grupos apaches y las comunidades indígenas aledañas, incluso antes de la expansión colonial hacia el norte de la Nueva España. Según Forbes, antes de 1680 los ópatas eran amigos de los grupos atapascanos. Tras el faccionalismo producido por la rebelión de 1680, las respectivas parcialidades de indios pueblo en Nuevo México se asociaron con diversos grupos apaches. De manera similar, durante ese periodo, los pimas y los sobaipuris mantenían relaciones amigables con los apaches (Forbes, 1994[1960]). Las incursiones de bandas pluriétnicas continuaron hasta el siglo XIX, como explica Joaquín Rivaya-Martínez. Para proteger su territorio ante el avance colonial, los audaces líderes apaches extendieron sus alianzas e influencia más allá de sus propias bandas (Rivaya-Martínez, 2023a). Pekka Hämäläinen (2008), por su parte, enfatiza el protagonismo de otro grupo étnico, los comanches, que dominó el comercio a base del intercambio de caballos e incentivaron las incursiones a lo largo del septentrión novohispano desde mediados del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XIX. Marcela Terrazas (2020), a su vez, señala que estas incursiones no eran exclusivas de los grupos indígenas. La expansión ganadera en Estados Unidos y eventualmente en México durante el siglo decimonónico incentivó que varios ciudadanos estadounidenses y mexicanos se aliaran con grupos indígenas no incorporados, como los apaches, para robar ganado en asentamientos norteros. Sin embargo, la población fronteriza ignoraba la participación mexicana y anglosajona, y generalmente atribuía la responsabilidad de las incursiones a los grupos indígenas móviles.

Hacia finales del periodo colonial, las autoridades borbónicas manifestaban interés en aplicar el viejo adagio de divide y conquista, pues sus estrategias diplomáticas generalmente pretendían poner a los grupos indígenas unos en contra de otros. Según Forbes (1994), como parte de esta política, las autoridades coloniales destruyeron algunas de estas alianzas interétnicas. Max Moorhead se refirió a esta estrategia como “una política altamente sofisticada, brutal y engañosa” (1975, p. 101). Reafirmando esta premisa, David Weber señaló que, en varias fronteras, “los españoles habían utilizado [la] estrategia de dividir y conquistar: enemistando una tribu contra otra” (2005, p. 216). Además, menciona diversos casos en los que los españoles intentaron aplicar esta estrategia. Destaca, por ejemplo, el caso de los pueblos originarios del territorio de Luisiana en la década de 1780. A su vez, el primer comandante general de las Provincias Internas del Norte de la Nueva España, Teodoro de Croix, intentó implementar esta política dentro de su jurisdicción en 1779,

mientras que el virrey Bernardo de Gálvez la incluyó en su Instrucción de 1786.⁶ Casi al mismo tiempo, algunos oficiales del recién creado virreinato del Río de la Plata sugerían su aplicación contra grupos indígenas de la Pampa (Weber, 2005).

Si bien la implementación de la política de divide y conquista es innegable, el presente trabajo cuestiona su impacto, ya que no siempre se logró enemistar a las diversas rancherías indígenas. Entre algunos grupos indígenas independientes de la frontera septentrional de Nueva España, los lazos de parentesco y etnicidad eran fuertes, y en algunas ocasiones las antiguas alianzas interétnicas persistieron e incluso dictaron la manera en que las autoridades coloniales se relacionaban con ellos. En otros casos, las divisiones interétnicas causadas por la diplomacia entre indígenas y españoles ocasionaron que los indios que pactaban la paz colonial establecieran o fortalecieran lazos con otros grupos étnicos. La etnicidad, en este contexto, se entiende como la afiliación o pertenencia a una comunidad específica cuyos miembros comparten valores tradicionales, un territorio, y sus recursos. Además, sostienen varios lazos de parentesco entre sí y obedecen a los mismos líderes (Radding, 1997).

Este capítulo estudia un conjunto de negociaciones de paz con el fin de comprender el rol que desempeñaron diversos grupos indígenas durante las prácticas diplomáticas con los españoles, marcando y negociando la pauta para la expansión colonial. Además, se centra en la información y el conocimiento registrado en fuentes primarias, proveniente de agentes subalternos como los indios de paz (Langfur, 2019). A diferencia de la obra de David Weber, quien reconocía que su labor académica se concentraba “más en los observadores que llevaban los registros [históricos] que en los observados” (Weber, 2005, p. 17), este trabajo propone que los observados contribuyeron a llevar y formar esos registros históricos. Se analiza, por lo tanto, la participación de los grupos indígenas como informantes para las autoridades coloniales y su colaboración durante la expansión colonial. Sostengo que este proceso en el septentrión novohispano tomó diversas formas, pero un enfoque en la “experiencia subalterna” muestra que las estrategias indígenas fueron fundamentales para dar forma a las prácticas y políticas coloniales españolas (Wilde, 2019). Este enfoque pretende resaltar la voz indígena dentro del proceso de colonización y mostrar cómo los relatos indígenas dirigidos a las autoridades coloniales contribuyeron a la elaboración de documentos oficiales y en la planeación de estrategias militares y diplomáticas.

2. El contexto de las alianzas entre grupos atapascanos

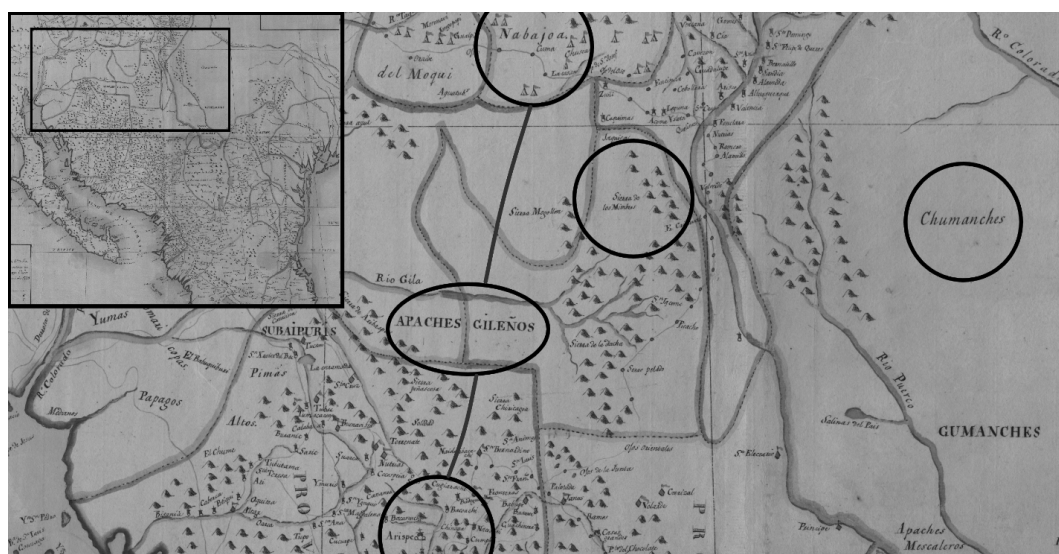
En 1779 un grupo de soldados indígenas auxiliares de Nuevo México proporcionó información geográfica y política al gobernador Juan Bautista de Anza para la elaboración de un detallado mapa del norte de la Nueva España. Aunque se desconocen los nombres de los informantes, un examen minucioso de esta obra cartográfica muestra el alto grado de conocimiento de los indígenas sobre su territorio, su gente y sus comunidades vecinas. El extenso espacio geográfico que abarcaba la frontera noroeste del Imperio español en las Américas comprendía una amplia gama de climas y vegetaciones que fluctuaban de acuerdo con su cambiante topografía: desde las bajas planicies costeras a los valles fluviales del somontano y del altiplano central, hasta las escarpadas elevaciones que conforman la hoy denominada Sierra Madre Occidental. *Grosso modo*, las zonas de baja elevación se caracterizaban por su vegetación desértica y semidesértica, así como por sus temperaturas extremadamente altas en verano y moderadas en invierno. En las zonas más elevadas, en cambio, proliferaban los bosques de coníferas, con veranos moderados e inviernos con intenso frío. Esta

⁶ Biblioteca Nacional de España. *Instrucción del Virrey Bernardo de Gálvez, Ciudad de México, 26 de agosto de 1786* (signatura R/1237, p. 11).

diversidad ecológica, a su vez, influía en las relaciones sociales y culturales. Se trataba, por lo tanto, de un espacio pluriétnico cuyos habitantes divergían en medios de subsistencia, prácticas políticas, y lenguaje.

Aunque se tiende a pensar en los apaches como grupos periféricos al Imperio español, geográficamente se encontraban en el área que unía las provincias de Nuevo México, Sonora, y Nueva Vizcaya y, por lo tanto, rodeados por grupos indígenas aliados con los españoles. Siendo tradicionales cazadores y recolectores con desplazamientos migratorios estacionales, los apaches se volvieron ecuestres como resultado del contacto colonial e incorporaron a sus prácticas las incursiones para el robo de caballos y de ganado, así como la toma de cautivos. Su nación se conformaba por bandas diversas y fluctuantes, como los chiricahuis, mimbrenos y gileños, entre otras, que por lo general tomaban sus nombres de las sierras o ríos que formaban parte de sus territorios. Al sur del territorio apache, en las provincias de Sonora y Nueva Vizcaya, habitaban diversos grupos altamente agrícolas como los ópatas, que interactuaban regularmente con las instituciones coloniales. Al norte, en la Gran Cuenca, ubicada en los límites noroccidentales de la provincia de Nuevo México, vivían los navajos, un grupo que, aunque hablaba la lengua atapascana, en contraste con los apaches era altamente agrícola y ganadero. Colindantes con los navajos hacia el norponiente se encontraban los yutas, mientras que hacia el este del valle del río Grande se extendía el territorio de los comanches.

Figura 1. Localización de los diferentes grupos atapascanos



Fuente: Museo Naval de Madrid. Mapa modificado por el autor. El mapa original se elaboró en 1779 basado en la información proporcionada por soldados indígenas auxiliares de Nuevo México a Juan Bautista de Anza.

La expansión de las armas a nombre de la Corona española hacia el norte de la provincia de Sonora, a fines del siglo XVIII, incitó a grupos indígenas independientes, como los apaches gileños, a buscar refugio y apoyo discretamente con sus parientes septentrionales, los navajos en Nuevo México, quienes se mantenían en paz con los españoles. Una vez fortalecidos, los apaches gileños junto con algunos navajos, sus aliados secretos, incursionaban en las provincias de Sonora y Nueva Vizcaya en busca de venganza, y amenazaban en grupos de más de 500 guerreros los presidios de Tucson y Janos, siendo repelidos por las fuerzas coloniales. El entonces comandante general de las Provincias Internas, Felipe Neve, era consciente de que “la Guerra se perpetuaría mientras [los gileños] se conservasen en la alianza y trato con los Navajos”, y

ordenó al gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, que procurara “desunir [a] estas dos parcialidades”, y que motivara a los navajos a “declarar la guerra” a los gileños.⁷ A través de los alcaldes de las respectivas jurisdicciones, Anza coaccionó a las diversas parcialidades de los navajos, trayendo a colación el poder y extensión de las alianzas españolas con los grupos circunvecinos a los navajos. Les advirtió, además, que los yutas, amigos de los españoles, se habían “agraviado, y no negarían su brazo para tomar parte en la común venganza” en contra de ellos.⁸

3. Alianzas secretas, sanciones económicas y paces disimuladas

Los navajos respondieron afirmativamente a las exigencias de Anza, aunque disimularon su cumplimiento. Inicialmente, fingieron hacer la guerra a sus aliados secretos atacando únicamente a rancherías apaches no relacionadas con los gileños. Ante la persistente negativa de los navajos de romper sus alianzas secretas con los gileños, las autoridades borbónicas ejercieron medidas coercitivas. Formaron una coalición interétnica contra los navajos e intentaron aislarlos tanto en materia militar como económica. La estrategia española consistía ahora en poner a prueba la sinceridad de sus diversos aliados indígenas tanto en Nuevo México como en Sonora y Nueva Vizcaya. Los amigos de los enemigos de la Corona serían tratados como enemigos propios. La intención era que, de no lograrse la ruptura entre navajos y apaches, al menos se generaría fricción entre los navajos y otras naciones vecinas. Con este objetivo en mente, Anza limitó la movilidad de los navajos, prohibiéndoles cruzar al sur del río de la Laguna, que separaba su territorio del de los gileños. Una patrulla de 40 soldados supervisaría el cumplimiento de esta orden, y cualquier navajo que la incumpliera sería considerado enemigo de las armas españolas. En su afán por obligarlos a romper su alianza con los gileños, en 1783 y 1784 Anza aplicó además sanciones económicas prohibiendo a todos los habitantes de la provincia de Nuevo México el “comercio, trato, y comunicación” con los navajos.⁹

Bajo tal presión, el 5 de junio de 1785 se presentaron ante el alcalde mayor de la Laguna 46 navajos, entre ellos siete de sus capitanes, ahora dispuestos a pelear contra los apaches gileños. El 16 de junio salieron a campaña “120 [guerreros navajos] a caballo, 30 a pie, y 94 Yndios de Pueblo”, en la cual asesinaron aproximadamente a 40 gileños. Naturalmente, este incidente produjo en ambos grupos “amenazas de destruirse” unos a otros. La noche siguiente, los gileños contraatacaron a los navajos, resultando en dos hombres muertos, dos heridos, y diez caballos robados. Anza interpretó estas acciones y las pérdidas humanas como signos de lealtad por parte de los navajos y reestableció el comercio y la comunicación entre ellos y el resto de la provincia.¹⁰

Posteriormente, se efectuaron dos campañas más contra los gileños, con menos muertes, pero que encendieron el “espíritu de guerra” que Anza tanto pretendía fomentar entre los navajos. Como resultado, se presentaron en Santa Fe 14 líderes de la nación navajo, incluidos cuatro capitanes, entre ellos Antonio, de gran renombre y autoridad, quien anteriormente había resistido romper su alianza con los gileños. Antonio ahora solicitaba un indulto y se comprometía a participar en expediciones punitivas contra ellos. Anza, por su parte, propuso que se otorgaran cuatro bastones de mando con puños de plata y cuatro medallas como

⁷ AGI. Audiencia de Guadalajara. *Documento sobre antecedente de las paces secretas entre apaches gileños y navajos* (vol. 521, N. 36, fojas 932-936, p. 932).

⁸ AGI. Audiencia de Guadalajara. *Documento sobre antecedente de las paces secretas entre apaches gileños y navajos* (vol. 521, N. 36, fojas 932-936, p. 932v).

⁹ AGI. Audiencia de Guadalajara. *Documento sobre antecedente de las paces secretas entre apaches gileños y navajos* (vol. 521, N. 36, fojas 932-936, pp. 932v-934).

¹⁰ AGI. Audiencia de Guadalajara. *Documento sobre antecedente de las paces secretas entre apaches gileños y navajos* (vol. 521, N. 36, fojas 932-936, p. 933v).

insignias de alianza y poder para Antonio y sus tres acompañantes. Además, reportó a sus superiores el haber supuestamente “logrado el importante designio de privar a los Gileños de la alianza secreta que mantenían con los Navajoes”.¹¹ A simple vista, este caso sugiere que los españoles estaban logrando implementar exitosamente su política de dividir y conquistar. Sin embargo, una mirada con un alcance más amplio muestra que estos compromisos militares entre navajos y españoles eran efímeros y que las alianzas secretas entre algunos navajos y apaches gileños resultaban duraderas y difíciles de erradicar.

Para inicios de 1786, entre los navajos imperaba un estado de desconfianza total hacia los españoles. El 19 de marzo, circularon rumores en sus comunidades sobre un supuesto pelotón de soldados que había llegado desde Chihuahua a “exterminarlos”, lo que llevó a los navajos a buscar refugio en las montañas. Con el afán de reducirlos de nuevo a sus asentamientos permanentes e inducirlos a enemistarse con los gileños, el gobernador Anza convocó a los caciques de la nación navajo a una reunión general en un lugar llamado Vado de Piedra para el 23 de marzo. Algunos de los justicias españoles se ofrecieron como rehenes en las rancherías navajos para garantizar el retorno seguro de los representantes indígenas que acudieran a la reunión. Sin embargo, pese a este compromiso, ningún líder navajo se presentó ante el gobernador.¹²

No obstante, en el lugar de la reunión, los oficiales se encontraron en tránsito a un hombre navajo y, al interrogarlo, Anza lo persuadió para actuar como intermediario, buscando establecer confianza entre su gente y convencer a los capitanes de su nación de bajar a dialogar y negociar una alianza de paz.¹³ Aunque las autoridades imperiales aparentemente consideraron innecesario asentar su nombre y datos generales en las diligencias practicadas, el rol de este personaje histórico anónimo y marginal contribuiría significativamente, poniendo en marcha el engranaje de la expansión colonial. Este caso además muestra cómo algunos indígenas, en su capacidad de agentes históricos subalternos, proporcionaban información a los oficiales españoles, contribuyendo a la elaboración de documentos coloniales, como se verá a continuación.

El intermediario indígena anónimo partió junto con un intérprete asignado por los españoles, y ambos regresaron tres días después, acompañados por un tumulto de gente. Se congregaron cuatro capitanes navajos, 36 representantes de varias rancherías y un número similar de jóvenes de esa nación. Los diplomáticos indígenas presentes venían “con los poderes de todas las rancherías de que eran individuos” y, por lo tanto, estaban en facultad de celebrar acuerdos en nombre de sus comunidades. El gobernador Anza los recibió y negoció con ellos un acuerdo a modo de capitulación. Un intérprete, aparentemente español pero criado entre los navajos, actuó como notario *de facto*, certificando y legitimando las negociaciones y acuerdos entre las facciones navajo.¹⁴

En la capitulación, los navajos se comprometieron bajo los siguientes términos: volver a una vida sedentaria en sus pueblos y retomar sus cultivos; construir casas de adobe para verificar la permanencia de sus campamentos; nombrar un líder principal para su nación en lugar de los jefes tradicionales de cada ranchería; y recibir y proteger a un intérprete multifuncional, designado por ellos y ratificado por los españoles, quien además de actuar como fedatario, intermediario y asesor, también tendría la función de vigilarlos. Adicionalmente, los navajos se obligaron a romper su neutralidad respecto a los apaches gileños y a realizar campañas mensuales de manera autónoma en su contra. Además, se comprometieron a capturar a cualquier

¹¹ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Documento sobre antecedente de las paces secretas entre apaches gileños y navajos* (vol. 521, N. 36, fojas 932-936, pp. 934-934v).

¹² AGI, Audiencia de Guadalajara. *Extracto de ocurrencias sobre la división introducida entre navajos y gileños* (vol. 521, N. 36, fojas 910-915, p. 910).

¹³ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Correspondencia entre el Comandante General de las Provincias Internas Jacobo de Ugarte y Loyola y el Gobernador de Nuevo México Juan Bautista de Anza. Chihuahua, 5 de octubre de 1786* (vol. 521, N. 36, fojas 916-922v, p. 919v).

¹⁴ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Extracto de ocurrencias sobre la división introducida entre navajos y gileños* (vol. 521, N. 36, fojas 910-915, pp. 910v-911).

facción de su grupo que no se adhiriera al tratado de paz. La primera de estas campañas ocurrió el 30 de julio de 1786, en la que participaron 30 navajos de paz.¹⁵

Los navajos estuvieron parcialmente motivados a reestablecer su alianza con los españoles debido a los estragos sufridos por las epidemias que habían azotado a sus comunidades poco tiempo antes. También fueron inducidos por el temor a las represalias de sus vecinos, los comanches, quienes recientemente se habían convertido en aliados de los españoles. Al concluir la reunión, Anza intimidó a los representantes navajos infundiéndoles “temor y respeto” al presentar a dos guerreros comanches aliados suyos. Uno de ellos tomó la palabra y exhortó a los navajos “a que cuidasen de ser fieles en sus promesas, como de obedecer a aquel Gefe, porque de lo contrario a la menor insinuación suya vendrían las fuerzas de los comanches a exterminarlos como buenos aliados y Amigos de los españoles: amenaza que los aterrorizó tanto que con la misma sumisión que al Gov.or, les respondieron no faltarian a nada de lo tratado”.¹⁶

Sin lugar a duda, la presencia de los comanches infundía respeto ante cualquiera. De acuerdo con el historiador Pekka Hämäläinen (2008), entre 1750 y 1850, los comanches se reinventaron fundando un “imperio indígena”. Pusieron en práctica el “colonialismo a la inversa” y se convirtieron en la nación dominante del suroeste, por encima de cualquier otra nación indígena y de las diversas potencias europeas en esa región. Sin embargo, más allá de la legitimación a través de la violencia, el principal atractivo y poder del imperio comanche era su economía, que se extendía a través de vastas redes comerciales de largo alcance. El 25 y 28 de febrero de 1786, los comanches se reunieron en los pueblos de Santa Fe y Pecos, respectivamente, para negociar su alianza con los españoles. Bajo los puntos cuarto y quinto de la capitulación de paz, Ecuera, líder plenipotenciario de la nación comanche, se comprometió con Anza a fortalecer el comercio con los españoles y sus aliados, y a participar en las expediciones militares a nombre de la Corona.¹⁷

En este sentido, los navajos no solo restablecieron la paz con los españoles para evitar la guerra con los comanches, sino que además buscaban el acceso a las ferias de Nuevo México, donde más allá de la oportunidad de intercambiar sus textiles por bienes europeos, accederían al comercio interétnico con los comanches, yutas, y vecinos de la provincia.¹⁸ De acuerdo con el asesor de la guerra, Pedro Galindo Navarro, “el trato y comercio reciproco entre las referidas tres Naciones y los vecinos del Nuevo Mexico [era] uno de los medios mas esenciales y adecuados para afianzarlos en [...] amistad” con los españoles.¹⁹ Por lo tanto, en contraste con la política de dividir y conquistar, este caso sugiere que la renovación de alianzas con los españoles unía a los navajos con los comanches y yutas, permitiendo que se fortalecieran las redes interétnicas de los grupos que aceptaban la paz.

Cabe mencionar que de los grupos que pactaban alianzas con las autoridades coloniales, no todas sus rancherías se adherían a dichos acuerdos de paz (Babcock, 2008). Esta premisa aplicaba tanto en Nuevo México, donde hubo facciones que rechazaron el tratado como en otras partes del septentrión novohispano. En Sonora, por ejemplo, mientras algunas rancherías de apaches chiricahuis negociaron acuerdos de paz con

¹⁵ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Extracto de ocurrencias sobre la división introducida entre navajos y gileños* (vol. 521, N. 36, fojas 910-915, pp. 912-915).

¹⁶ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Extracto de ocurrencias sobre la división introducida entre navajos y gileños* (vol. 521, N. 36, fojas 910-915, p. 910-915v).

¹⁷ AGI, Guadalajara. *Capitulación de paz entre los comanches y los españoles. Santa Fe y Pecos, 25 y 28 de febrero de 1786*. (287, Carpeta N. 43, Documento N. 2).

¹⁸ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Extracto de ocurrencias sobre la división introducida entre navajos y gileños* (vol. 521, N. 36, fojas 910-915, p. 914); AGI, Audiencia de Guadalajara. *Correspondencia entre Jacobo de Ugarte y Loyola y Juan Bautista de Anza, Chihuahua, 5 de octubre de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 37, Fojas 985-987, p. 985).

¹⁹ AGI, Guadalajara. *Correspondencia entre el Auditor de la Guerra Pedro Galindo Navarro y Jacobo Ugarte y Loyola, Chihuahua, 4 de septiembre 1786* (vol. 521, Carpeta N. 37, Fojas 980-984v, p. 981v).

las autoridades de esa provincia a finales de 1786, algunas facciones decidieron no adherirse (Moreno, 2020). El siguiente caso ilustra un proceso en el cual facciones no sometidas de navajos y apaches formaron alianzas y atacaron localidades en la frontera del septentrión novohispano. Los relatos coloniales basados en informantes indígenas corroboran este punto.

4. El ataque a Arizpe por bandas pluriétnicas

El 29 de julio de 1786, entre 8:00 y 9:00 de la mañana, las mujeres de la población de Arizpe, capital de Sonora, lavaban la ropa junto al molino de la antigua misión como de costumbre cuando de pronto cuatro guerreros indios se acercaron violentamente hacia ellas. El grupo de mujeres pudo escapar del peligro buscando rápidamente refugio detrás de las murallas del pueblo, pero los asaltantes capturaron a Pablo, un niño apache cautivo que atendía el ganado de su amo. También capturaron el ganado. Mientras los soldados españoles y sus auxiliares indígenas ópatas perseguían a los intrusos, los asaltantes huyeron y se reunieron con el resto de su grupo, que comprendía aproximadamente 300 indios a caballo y a pie. Estos robaron la caballada y mataron a varias personas que encontraron a su paso.²⁰

El relato de Pablo muestra la complejidad de las prácticas de cautiverio en la frontera. En sus pocos años de vida, Pablo había sido dos veces cautivo, primero por los españoles y posteriormente por sus paisanos apaches. Tras ser apresado por las armas españolas hacía menos de tres años, Pablo comenzó su vida en cautiverio como criado del comandante general Felipe Neve. Sin embargo, después del fallecimiento de su amo, quedó bajo la custodia de Manuel de la Carrera, un prominente vecino de Arizpe. Su caso destaca porque, en lugar de ser rescatado por sus paisanos, fue tomado cautivo y se convirtió en objetivo de venganza por parte de los apaches.²¹

De acuerdo con fuentes etnográficas y etnohistóricas, las prácticas de venganza entre los apaches constituían un “acto religioso” que conllevaba el “compromiso ético de tomar represalias por la muerte de los parientes asesinados” (Griffen, 1988, p. 11). Estos rituales no se limitaban a ejercer violencia contra aquellos que cometían las muertes, sino que se extendían contra cualquier enemigo. Con la finalidad de ajustar cuentas, los apaches peleaban contra cualquiera, excepto contra los miembros de su propia “tribu” (Opler, 1965). Es decir, el atacante no reconoció a Pablo como uno de los suyos. Esto sugiere que el cautiverio de Pablo y su adopción por la élite colonial lo pusieron en un estatus marginal ambiguo, lo que conllevaba la posibilidad de ser desarraigado de su sociedad originaria no solo por sus captores españoles, sino también por su propia comunidad.

El mismo día, herido tras el ataque, Pablo escapó y regresó a Arizpe, llegando a las 7:00 de la noche. Mientras Roque de Medina, comandante interino de las armas de Sonora, lo interrogaba, Pablo declaró que había presenciado todo el incidente, pudiendo distinguir a algunos de sus paisanos entre los asaltantes. Informó que la mayoría de ellos eran apaches de Nuevo México, específicamente de la ranchería del capitán Chiquito. Este prominente líder apache, conocido como Chiquito por los españoles, pero llamado Chiganstegé entre los de su nación, estaba vinculado con los gileños, y era tan poderoso y evasivo que el historiador Mathew Babcock lo ha llamado “el Gerónimo de sus tiempos” (Babcock, 2008). Pablo también señaló que había varias mujeres y niños entre los intrusos. Declaró haber presenciado siete bajas entre los apaches, incluido Chiquito, a quien erróneamente se creyó muerto durante el ataque. El niño cautivo agregó

²⁰ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Parte del Comandante Interino de las Armas de Sonora Roque de Medina sobre el ataque en la capital de Arizpe. 7 de agosto de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 36, Documento No. 3, Fojas 923-925).

²¹ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Parte del Comandante Interino de las Armas de Sonora Roque de Medina sobre el ataque en la capital de Arizpe. 7 de agosto de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 36, Documento No. 3, Fojas 923-925v, pp. 923v-924).

que un asaltante enfurecido lo atravesó con una lanza en el brazo y el costado, diciéndole que era en represalia por la supuesta muerte de Chiquito, la de sus otros compañeros caídos y los 20 guerreros heridos durante la persecución. Afortunadamente para Pablo, el indio que lo había capturado lo defendió del atacante y evitó su muerte inminente. Además, Pablo explicó que el objetivo de los asaltantes era regresar a Arizpe esa misma noche y quemar todo el pueblo.²² Las tradiciones de venganza entre los grupos atapascanos dictaban que los ajustes de cuentas no se limitaban a victimizar a personas, sino que se extendían a cualquier cosa, incluyendo localidades o pueblos (Opler, 1965).

Más información sobre este caso saldría a la luz unos meses más tarde por informantes indígenas, y se daría a conocer que los autores del ataque a Arizpe había sido una facción de navajos junto con la ranchería apache de Chiquito. Sin embargo, ambas facciones se separaron cuando los navajos planeaban atacar y quemar Arizpe, mientras que los apaches se negaron a la quema porque la consideraban una hazaña riesgosa. La negativa de los apaches molestó a los navajos a tal grado que habrían matado a Chiquito en represalia si no hubiera huido con un pequeño grupo de su gente al pueblo de San Ignacio en la Pimería Alta. Los navajos, en respuesta, huyeron a su terruño, con la intención de regresar y ejecutar su plan en otra ocasión.²³

Este desacuerdo entre los navajos y apaches no sometidos, además de otros factores como la escasez de alimentos, las expectativas de crear intercambios comerciales o el canje de cautivos (Moreno, 2020), motivó a Chiquito y su ranchería a negociar una alianza con los españoles. Se conoce esta información por revelaciones contadas a las autoridades coloniales por las entrantes rancherías de apaches que se establecieron de paz a finales de ese año en el pueblo de Bacoachi, al norte de la provincia de Sonora y cerca de la localidad de Arizpe. Estos relatos nos muestran la relevancia y el alcance de las alianzas interétnicas. Por ejemplo, los apaches de paz recién llegados instaron a los vecinos de Arizpe a ser extremadamente cautelosos, alegando que habían recibido noticias sobre una reciente alianza entre un gran número de navajos y apaches mimbrenos. Los informantes indígenas apaches señalaron que facciones aliadas de navajos y apaches mimbrenos liderados por Antonio, capitán navajo y presunto “amigo” que había sido condecorado por el gobernador Anza, planeaban un ataque sorpresa “una vez que los pastos estuvieran secos”.²⁴ Aunque las represalias no se cumplieron, las autoridades coloniales quedaron desconcertadas con esta noticia, ya que recientemente los navajos en Nuevo México les habían dado signos de fidelidad al supuestamente romper su neutralidad contra los apaches.²⁵

5. Parentesco interétnico entre navajos y apaches

Como muestra este caso, romper alianzas interétnicas entre grupos indígenas y configurar nuevas a través de la intromisión colonial resultaba complicado para los oficiales españoles y no siempre daba resultados exitosos. El 4 de septiembre de 1786, Galindo Navarro reconocía que una de sus metas era “asegurar la [paz] que [tenían] ofrecida los navajoes, que notoriamente ha[bían] faltado a ella repetidas veces, noticiando los movimientos de [las] Armas [españolas] y sirviendo de espías y Auxiliares a los Apaches Gileños, sus vecinos y

²² AGI, Audiencia de Guadalajara. *Parte del comandante interino de las armas de Sonora Roque de Medina sobre el ataque en la capital de Arizpe, 7 de agosto de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 36, Documento No. 3, Fojas 923-925v, p. 924).

²³ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Parte del Comandante Interino de las armas de Sonora Roque de Medina sobre el ataque en la capital de Arizpe, 7 de agosto de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 36, Documento No. 3, Fojas 923-925, pp. 925-925v).

²⁴ Las observaciones del capitán Manuel Echeagaray, quien salió a la huella de los asaltantes, corroboraban el relato de los informantes indígenas sobre la división del grupo de asaltantes y la eventual retirada de una de las facciones hacia San Ignacio. AGI, Audiencia de Guadalajara. *Correspondencia entre Jacobo de Ugarte y Loyola y Juan Bautista de Anza. Chihuahua, 25 de octubre de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 36, Documento No. 3, Fojas 925v-928, pp. 925v.-926).

²⁵ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Correspondencia entre Jacobo de Ugarte y Loyola y Juan Bautista de Anza. Chihuahua, 25 de octubre de 1786* (vol. 521, Carpeta N. 36, Documento No. 3, Fojas 925v-928, pp. 926-926v).

Parientes”.²⁶ Aunque las autoridades borbónicas reconocían la existencia de vínculos de parentesco interétnicos entre ambos grupos, aparentemente habían subestimado la influencia de estos lazos en los acuerdos de paz. Por lo tanto, no todas las facciones de los navajos rompieron su neutralidad contra los apaches. Según el trabajo clásico del antropólogo Morris Opler (1965), aplicable a sociedades matrilineales atapascanas, la pertenencia al grupo étnico por lo general se basaba en lazos consanguíneos maternos. Opler también señalaba que “la lealtad al grupo local [era] frágil y sus composiciones cambia[b]an constantemente” (1965, p. 184). Estas premisas sugieren que mientras los españoles planeaban sus estrategias bélicas y diplomáticas a través de categorías basadas en sus propias nociones eurocéntricas sobre etnicidad, no pudieron reconocer que la lealtad de los indígenas hacia sus grupos y su afiliación a las rancherías a menudo implicaban redes étnicas entrelazadas con lazos familiares fuertemente unidos.

Por ejemplo, en una negociación diplomática similar, algunos navajos prefirieron adherirse a los tratados de paz entre apaches mimbrenos y españoles, y establecerse en Nueva Vizcaya, en lugar de adherirse a los tratados de paz entre navajos y españoles y permanecer en Nuevo México. El 8 de abril de 1787, el oficial Antonio Cordero, comandante del presidio de Janos en Nueva Vizcaya, se reunió en el Valle de San Buenaventura con un capitán navajo llamado Kasgoslan y con El Ronco, líder entre los apaches.²⁷ Ambos jefes indígenas habían solicitado la paz a recomendación de El Zurdo, un capitán entre los apaches mimbrenos que previamente había pactado la paz exitosamente con el comandante general de las provincias internas (Babcock, 2008). Bajo “una gran Sombra con pieles en el Suelo”, se sentaron Cordero y los dos capitanes, rodeados por guerreros navajos y mimbrenos. Los navajos y mimbrenos se comprometían a no causar “mas daño a los Españoles y a vivir del modo que” las autoridades coloniales “quisiesen”. Además, ambos capitanes indígenas advirtieron “que desde el Rio de[l] cañon grande [del Colorado] hasta las montañas de chihuahua se hallaban situadas varias rancherías cuyos abitadores [...] seguirían haciendo daños”, por lo que condicionaban su alianza de paz a que los españoles no los culparan por las faltas de estos grupos independientes. Así mismo, prometieron ayudar “a vajarlos o por bien, o por fuerza”. La influencia en los lazos de parentesco entre navajos y apaches salió a relucir durante las negociaciones. Kasgoslan le manifestó a Cordero que desde hacía tiempo él y los navajos bajo su mando estaban “segregados de su nación por enlaces que [tenían] con los mimbrenos y chiricahuis pues el Capitan Compa que esta[ba] en Bacoachi [era] su hermano, y que havian venido hasta allí llamados por el Surdo con noticia de las Paces cuya seguridad havian visto en un [documento] del [Comandante General] y que desde luego [regresarían] a traer sus familias”.²⁸

6. Conclusiones

Los lazos de parentesco entre los navajos y los apaches ocasionalmente se entrelazaban con la afiliación a sus comunidades e identidades étnicas. En estos grupos, los lazos de parentesco tenían mayor peso que los lazos de etnicidad. Al final, las negociaciones entre estos grupos y las autoridades españolas estuvieron sujetas a estos lazos y no a la política de dividir y conquistar. Al momento de adherirse a algún tratado de paz, los indígenas que tenían lazos de parentesco con otros grupos étnicos no estaban dispuestos a romper su neutralidad o enemistarse con ellos para satisfacer los acuerdos de paz. Por lo tanto, para reunirse con sus familiares preferían correr el riesgo de ser condenados al ostracismo por sus propias comunidades o ser perseguidos por las mismas. En resumen, estas políticas de paz lograron en ocasiones promover y fortalecer los lazos de

²⁶ AGI, Guadalajara. *Correspondencia entre el Auditor de la Guerra Pedro Galindo Navarro y Jacobo Ugarte y Loyola, Chihuahua, 4 de septiembre 1786* (vol. 521, Carpeta N. 37, Fojas 980-984v, p. 981v).

²⁷ Para más información sobre la ubicación de la reunión ver Babcock (2008, p. 112).

²⁸ AGI, Audiencia de Guadalajara. *Diario de ocurrencias y novedades del Capitán Antonio Cordero. Janos, 9 de abril de 1787* (vol. 287, Carpeta N. 89, Documento No. 2, sin número de folios).

parentesco entre varios grupos indígenas dispersos geográficamente. Estos procesos históricos salen a la luz por el conocimiento proporcionado por informantes indígenas y registrado por autoridades coloniales.

Referencias

- Babcock, M. (2008). *Turning Apaches into Spaniards: North America's Forgotten Indian Reservations* (tesis doctoral). Southern Methodist University, Dallas.
- Blyth, L. (2012). *Chiricahua and Janos: Communities of Violence in the Southwestern Borderlands, 1680-1880*. University of Nebraska Press.
- Conrad, P. (2023). Fearing Apaches into Existence: The Discursive Borderlands of Nueva Vizcaya and Cuba in the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries. En J. Rivaya-Martínez (ed.), *Indigenous Borderlands: Native Agency, Resilience and Power in the Americas* (pp. 158-184). University of Oklahoma Press.
- Cramaussel, C. (1992). Los apaches en la época colonial. *Cuadernos del Norte*, 20, (25-26).
- Enríquez, D. E. (2002). *Pocas flores, muchas espinas. Iglesia católica y sociedad en la Sonora porfirista* (tesis doctoral). El Colegio de Michoacán.
- Forbes, J. (1994 [1960]). *Apache, Navaho, and Spaniard* (2ª. ed.). Oklahoma University Press.
- Griffen, W. (1988). *Apaches at War and Peace: The Janos Presidio 1750-1850*. University of New Mexico.
- Hämäläinen, P. (2008). *The Comanche Empire*. Yale University Press.
- Langfur, H. (2019). Native Informants and the Limits of Portuguese Dominion in Late-Colonial Brazil. En D. Levin y C. Radding (coords.), *The Oxford Handbook of Borderlands of the Iberian World* (pp. 209-234). Oxford University Press.
- Medina, J. M., y Padilla, E. (coords.). (2015). *Violencia interétnica en la frontera norte novohispana y mexicana. Siglos XVII-XIX*. El Colegio de Sonora, El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma de Baja California.
- Moorhead, M. (1975). *The Presidio: Bastion of the Spanish Borderlands*. Oklahoma University Press.
- Moreno, J. M. (2020). Reciprocidad y generosidad: la carga de sostener la paz con los españoles en la intendencia de Sonora, 1786-1797. En A. Ramírez, R. Padilla, y Z. Trejo (coords.), *Cambio cultural en territorios de frontera. Programas, procesos y apropiaciones. Siglos XVII-XXI* (pp. 31-61). El Colegio de Sonora.
- Opler, M. (1965). *An Apache Life-Way: The Economic, Social, and Religious Institutions of the Chiricahua Indians*. The University of Chicago Press.
- Ortelli Pellizzari, S. (2003). *Trama de una guerra conveniente: "apaches", infidentes y abigeos en Nueva Vizcaya en el siglo XVIII* (tesis doctoral). Recuperado de <https://repositorio.colmex.mx/concern/theses/wm117p13s?locale=es>
- Radding, C. (1997). *Wandering Peoples: Colonialism, Ethnic Spaces, and Ecological Frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1850*. Duke University Press.
- Rivaya-Martínez, J. (2023a). Indigenous Borderlands: State of the Field and Prospects. En J. Rivaya-Martínez (ed.), *Indigenous Borderlands: Native Agency, Resilience and Power in the Americas* (pp. 15-34). University of Oklahoma Press.
- Rivaya-Martínez, J. (2023b). Introduction: Problematizing Indigenous Borderlands. En J. Rivaya-Martínez (ed.), *Indigenous Borderlands: Native Agency, Resilience and Power in the Americas* (pp. 1-14). University of Oklahoma Press.

- Terrazas y Basante, M. (2020). Indian Raids in Northern Mexico and the Construction of Mexican Sovereignty. En J. L. Spangler y F. Towers (eds.), *Remaking North American Sovereignty: State Transformation in the 1860s* (pp. 153-174). Fordham University Press.
- Torre Curiel, J. R. de la. (2008). “Enemigos encubiertos”: bandas pluriétnicas y estado de alerta en la frontera sonorensa a finales del siglo XVIII. *Takwá*, 14, 11-31.
- Torre Curiel, J. R. de la. (2011). Con la sierra auestas. Apaches y españoles en la frontera sonorensa en el siglo XVIII. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <https://journals.openedition.org/nuevomundo/60707>
- Weber, D. (2005). *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*. Yale University Press.
- Wilde, G. (2019). Frontier Missions in South America: Impositions, Adaptations, and Appropriations. En D. Levin y C. Radding (coords.), *The Oxford Handbook of Borderlands of the Iberian World* (pp. 545-567). Oxford University Press.